

SILOGISMO HISTORICO

Por

Jorge A. Sanguinety

No había acabado de amanecer cuando mi padre me despertó para advertirme que no fuera al colegio. Batista había dado un golpe de estado, me explicó, y pudiera haber actos de violencia en La Habana. ¿Qué es un golpe de estado? pregunté. El me explicó que era un movimiento por medio del cual se deponía al gobierno existente. ¿Sin más ni más? recuerdo haber pensado, pero no haberlo dicho. Pero sí recuerdo haber vuelto con una pregunta conclusiva: ¿Entonces Cuba yo no es una democracia? Y mi padre confirmó repitiendo, sí, ya Cuba no es una democracia.

En ese intercambio agoté casi todos los pocos conocimientos de política que a mis catorce años había acumulado hasta ese 10 de marzo de 1952. Recuerdo que experimenté un sentimiento de desolación, creo que el primero de mi vida, que poco a poco fue reemplazado por uno de profundo asombro y cuestionamiento. ¿Cómo era posible que una institución tan importante como el gobierno de un país pudiese ser tan vulnerable al capricho de un solo hombre? El gobierno de facto hacía alarde de que el golpe había estado tan bien planeado y ejecutado que evitó un derramamiento de sangre. Yo diría que más bien hubo un derramamiento de apatía e indiferencia ciudadanas, una oportunidad desperdiciada de mostrar la calidad y la intensidad del patriotismo de la gran masa de cubanos y de sus convicciones democráticas. Hoy, cuando oigo los lamentos y las nostalgias de la patria perdida, recuerdo la admonición martiana de Abdala: “El amor, madre, a la patria no es el amor ridículo a la tierra, ni a la yerba que pisan nuestras plantas”.

Fulgencio Batista había apostado a la debilidad institucional (y moral) de la joven república y disfrazando sus ambiciones personales de patriotismo (como hacen muchos cubanos), acabó debilitando más todavía a una nación frágil. Cualquier cubano consciente, conocedor de esa parte de nuestra historia e interesado en la verdad acepta la premisa de que los años del batistato prepararon el terreno para la sucesión de Fidel Castro, el gran beneficiario del 10 de marzo. Castro superó a Batista con creces en desmembrar la nación cubana más allá de lo que era imaginable en 1959 y dejará un andrajo de país cuando él no sea más que una mancha en nuestra historia.

La más estricta lógica nos conduce inevitablemente a la siguiente pregunta: ¿Qué fuerzas podrán lograr que en Cuba se instaure una democracia después del castrismo a contrapelo de las debilidades orgánicas que afectan al país? Si aceptamos la premisa de que el batistato fue principalmente resultado de una insuficiencia organizativa de la república, junto a la premisa de que el castrismo resultó de una debilidad todavía más profunda y de que todas las debilidades acumuladas nos dejan hoy un país desintegrado, ¿qué podemos esperar razonablemente del futuro?

Si los cubanos fallaron en defender la Constitución de 1940 en 1952 y después volvieron a fallar en 1959 al no exigirle a Fidel Castro que cumpliera con sus promesas democráticas, ¿qué razones tenemos para esperar que una ciudadanía más desintegrada y desorganizada que nunca determine la viabilidad de una democracia cuando Fidel Castro desaparezca? ¿Qué razones hay para descartar que las debilidades actuales no traigan otra tiranía, si las debilidades pasadas trajeron sus respectivas dictaduras?

Yo creo que es perfectamente legítimo soñar con una Cuba democrática, vencedora de las ignominias y traiciones de los últimos 54 años. También creo que es igualmente legítimo esperar por milagros y que sin hacer mucho o nada el castrismo sea reemplazado por el régimen que todos supuestamente queremos. El problema es que ninguna de esas estrategias es aconsejable. Tampoco creo que sea legítimo o aconsejable esperar que una fuerza externa lleve enteramente la carga de resolver el problema de los cubanos.

Al mismo tiempo creo que la intensidad con que alguien quiere algo se puede medir por el esfuerzo que pone en alcanzarlo. Por supuesto, que la capacidad para la acción colectiva no es una simple sumatoria de los deseos de los miembros de una sociedad. Para que una acción colectiva sea capaz de convertirse en una fuerza determinante de una democracia tiene que haber una capacidad organizativa mínima entre los participantes. La victoria de Batista sobre su pueblo fue la victoria de la organización de unos pocos sobre la desorganización de los muchos y lo mismo puede decirse de la victoria del castrismo.

Sobre el futuro democrático del país me preocupa la desunión entre los cubanos de todas las geografías, la falta de comunicación entre sus diversas generaciones, la desmesurada propensión al protagonismo y la determinación de algunos de ignorar el trabajo de otros y hasta de impedir que materialicen sus contribuciones. Algunos de mis lectores me han acusado de pesimista por señalar estas preocupaciones, por insistir en que es necesario prepararse para el futuro si es que seriamente queremos una democracia. Es precisamente porque no deseo una sucesión del castrismo sin Castro que debo señalar que por el camino que vamos corremos el riesgo de propiciar sin querer lo que no queremos.

Muchos son los ejemplos en la historia en que las ambiciones de los seres humanos llevan a situaciones contrarias a sus intereses comunes. Los campeones del protagonismo deben ceder el paso, sin renunciar a sus ambiciones, a la colaboración con sus compatriotas. De lo contrario puede que todo lo que estamos haciendo es propiciando el surgimiento de un nuevo y hasta ahora desconocido caudillo.

Miami, 8 de marzo de 2006